

FILMS
DE AMOR

PARAÍSO IMAGINARIO



Num.
137

25
CTS.

ESTER RALSTON - REED HOWES

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:

Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707

B A R C E L O N A

AÑO V

NÚM. 137

El Paraíso Imaginario

(SAWYER PARADISE, 1928)

Adaptación en forma de novela de la película del mismo título interpretada por la simpática artista del cine

ESTHER RALSTON

por LOPE F. MARTINEZ DE RIBERA

EXCLUSIVA
DE LA INVICTA



P.º GRACIA, 91
BARCELONA

ARGUMENTO DE DICHA PELICULA

PRIMERA PARTE

El circo

En una de las plazas más céntricas de un pueblecito de esos que la expansión y la civilización americana del Norte no ha arrancado a la vida en los comienzos del pasado siglo un circo monumental, se ha abierto al público que llena a diario sus localidades, riendo las gracias de sus payasos, emocionándose con los ejercicios de sus atletas y admirando las proezas de sus *ecuyeres* y la belleza del elenco femenino que en él hace las delicias de la tranquila población, cuya tranquila existencia se ha visto de pronto perturbada por la trompetería de las aves de paso que llevan en sus trajes de colores chillones la tragedia de una falsa alegría.

Pertenece el circo a un granuja sin escrúpulos que ha visto en aquella población sus intereses a cubierto y pretende hacer de su circo una institución en el poblado. Se le conoce con el nombre de Ward, lo mismo que al

circo que ostenta en su puerta principal un gran rótulo en el que se lee pomposamente:

"GRAN CIRCO WARD".

Entre la gente que tiene a su servicio el granuja Ward sólo dos personajes nos interesan: una mujer y un hombre.

Ella se llama Gloria y es una delicada y bella mujercita, que sirve de gancho al sinvergüenza para atrapar incautos, y es en el fondo una desgraciada muchacha digna de resolver su juventud en otros ambientes más honorables.

El es un joven atrevido y audaz, noble y emprendedor, de mirada aguda y manos listas, conocido con el nombre de Butch, y encargado de la mesa de juego, en la que encuentra también excelentes ganancias, pues no siente tampoco escrúpulos en distraer cuantas ganancias puede en su beneficio porque—según él—al que roba a un ladrón le alcanzan las indulgencias del cielo.

Gloria y Butch se quieren y hace mucho tiempo que ambos se dieron promesa formal de matrimonio; promesa que tendrá feliz realización cuando Butch consiga ser propietario de un circo, a lo cual van encaminados los esfuerzos de los dos, cuyas ganancias lícitas e ilícitas van a parar a un fondo común.

Una de las grandes preocupaciones de

Ward, el propietario del circo en el que se habían empleados, estriba en aquellos amores, que conoce, y quisiera ver concluir, pues ama a Gloria y quisiera hacerla su compañera.

El día en que por primera vez llevamos a nuestros lectores al ambiente en que se desenvuelven estas vidas aventureras y, al volver una de las barracas que constituyen la morada volante de aquellos seres, nos encontramos a Gloria y a Ward en animada conversación.

—Desengáñate, Gloria — dice Ward a la muchacha—. Estás perdiendo el tiempo con ese bruto de Butch... No te conviene ese hombre... Deja a ese artista de pega que no tiene dónde caerse muerto... Yo, al fin y a la postre, soy el amo, y como me gustas como nunca me había gustado ninguna mujer, puede que hasta me atreva a casarme contigo.

—¡Vaya, hombre!... No me parece mal el atrevimiento... Lo que pasa es que yo, probablemente, no tendré tanto valor como tú y, seguramente, cometeré el atrevimiento de casarme con Butch... con ese artista de pega...

—No lo será mientras yo viva... Tú has de ser mía y de nadie más... ¡Quieras que no quieras!

Una carcajada, que más bien era un escupitajo de desprecio, respondió al bravucón desde los rojos labios de Gloria, que no tardó en contar la escena a su amado Butch, que la

aconsejó que dejase correr las cosas sin darles importancia, pues muy pronto creía podía estar en condiciones de comprar el circo de sus sueños, lo que traería consigo el alejamiento de ambos, que, libres de la férula de Ward, serían felices y se casarían ante Dios y ante los hombres, como desde hacía mucho tiempo ambos se había prometido y estaban dispuestos a cumplir por el imperioso mandato del amor.

—Tú—decía Butch a su novia—no le hagas caso a ese gandul, vida mía... Si la suerte me protege como hasta ahora, pronto tendremos nuestro circo.

—Es que ya comienza a propasarse... Hoy le he tenido que parar los pies con un palo a ese gorila... Además, yo no quiero que tú te comprometas.

—No le hagas caso. Sigue mi consejo y guarda el dinero que les limpies a esos bobos para nuestro circo... Tú guárdate las monedas pequeñas que yo veré si puedo seguir, como hasta ahora, embolsándome los billetes de ese necio.

Ward, que les había estado espiando, sonrió también y su sonrisa de conejo encerraba al parecer para los jóvenes todas las negruras de una tracción de aquel alma negra, capaz de todo por saciar sus concupiscentes apetitos.

El Juzgado

No todos los habitantes de la pequeña ciudad estaban contentos con aquella vecindad que los trotamundos les habían regalado, ni todos veían con buenos ojos que la juventud acudiese al lugar aquél, en donde se perdía el dinero y, con él, el alma.

Uno de los que más descontento estaba del cariz que iban tomando las cosas era el bueno del pastor, que desde que el circo estableció sus reales frente a la pobre iglesia del poblado veía con dolor cómo jóvenes se iban alejando más cada día de sus máximas de moral y de sus enseñanzas encaminadas a lograr su salvación, mostrándoles el verdadero camino a seguir para ser grato al cielo.

Quiso el buen pastor averiguar lo que en la barraca ocurría, pues sólo de oídas conocía lo que en ella ocurría, y allá se fué el reverendo Isaías, seguro de que más de una oveja descarriada volvería con él al redil de donde las había alejado el esplendor de los falsos colores de aquel "Paraíso Imaginario".

No tardó en darse cuenta el buen pastor de que los atractivos eran muchos, pues cuando entró se hallaba en su apogeo la sesión y en la pista se ofrecía semidesnudo por unas sedas y gasas de atraentes colores la desnudez de un grupo de mujeres atractivas y jóvenes,

que, capitaneadas por Gloria, sirven de gancho al cínico Ward para atraer a las gentes del pueblo a su barraca y, sobre todo, a la mesa de juego, a la que se acerca el reverendo Isaías afanoso por conseguir el secreto que logra las ganancias de aquel puñado de aventureros que han venido a echar por tierra su sana labor de muchos años, dedicados a la prédica de la moral.

—Venga acá, abuelo—le dice al verle llegar—. Eche una moneda de plata y deje que me guarde el cambio. ¡Hay que arriesgarse!

—Hija mía—preguntó con sorna el pastor a Gloria—, ¿por qué no les das a tus clientes por lo menos una posibilidad de ganar?

—Porque son tontos... Aquí, lo que se necesita es habilidad... Pruébele y verá...

—No es necesario, señorita... Sin probarlo sé que este juego no es legal... Venga usted aquí...

—¿Quién es usted para tratarme de esta manera?

—Un hombre de conciencia—respondió el anciano—. Para desvirtuar el daño que vosotros hacéis desde este antro doy yo en la barraca de enfrente un espectáculo sano y honesto, alternándole con predicaciones de moral.

—¿Conque le molesta la competencia que le hacemos, eh?... ¿Por qué no cierra usted su tienda y se viene con nosotros?..

—Porque mal pueden vivir unidos al dolo y a la concupiscencia la bondad y el alma digna de un hombre honrado.

—Hombre... Si no tuviera algo más importante que hacer me daría una vueltecita por su tienda para escuchar esas lecciones de moral.

—En su vida haría nada más importante que lo que allí se hace.

No hacía mucho tiempo que se había marchado el reverendo Isaiás cuando entró en la barraca donde Gloria prestaba sus servicios un nuevo sujeto, que bien pronto se dió cuenta de que en aquella casa se dedicaban todos a robarle el dinero al incauto que tenía la desgracia de caer en sus manos.

* * *

Apenas terminado el trabajo de la jornada y ya libres de su odiosa faena, se unieron otra vez Gloria y Butch para comentar y contar las ganancias de la tarde que habían de hacer andando el tiempo, que se viesen dueños del anhelado circo en que definirse y enriquecerse como ahora lo hacía el canalla a cuyo servicio les había puesto su destino.

—Parece—observó Gloria—que los moralistas de enfrente se llevan algún público.

—Si te parece—repuso irónico Butch—, podemos ir por allá un momento a cantar uno de esos absurdos himnos que entonan tal vez así conseguiríamos salvar nuestras pobres almas de los pecados que diariamente cometemos.

—No te burles, que puede no estaría de más que tal hiciésemos... Sin saber por qué, me atrae la obra de esos moralistas... ¿Por qué será?

—Mira, nena, déjate de tonterías... Nuestra moral, un tanto elástica, es la necesaria para poder vivir bien en este siglo de egoísmos y mentiras...

—Me gustaría oír a ese buen anciano que hace un momento nos visitó en nuestra barraca... Acompáñame...

—No seas chiquilla, mujer. ¿Qué vamos a hacer nosotros allí entre tanta beata?

—Anda, vamos... Dame gusto...

—No hay mejor cosa que saberse querida para estar segura de que todo cuanto se nos antoje se ha de realizar... Vamos, pues que lo quierés...

En el momento que los dos enamorados entraban en la barraca en que el reverendo Isaiás ofrecía a los hombres la palabra divina se hallaba el buen pastor predicando la sana moral a la que pretendía que se ajustasen las vidas de aquellos pobres seres que le escuchaban.

—No desanimarse—decía—. Nuestra obra tendrá que triunfar en el alma de todos los hombres para bien de la humanidad, y los pecadores volverán los ojos hacia el bien.

Apenas entraron Gloria y Butch se dio cuenta el pastor de su presencia y, dirigiéndose a todos, pero encaminando sus palabras al corazón de aquellos dos seres, exclamó:

—Los que venís en pos de la salvación, venid a mí; los que estáis necesitados de consuelo, en mis palabras lo hallaréis; los que camináis por la vida en brazos del pecado, en mis enseñanzas encontraréis el verdadero camino... Los pobres de espíritu, venid... Los que sufrís bajo el dolor, venid. Los que hambre y sed de justicia poseáis en el alma, venid. Venid todos, que sólo en la práctica de las enseñanzas del divino maestro se encuentra la verdadera felicidad...

—¿Qué te parece?—dijo Butch por lo bajo a Gloria—. ¡Valiente farsante!...

—¡Calla!—contestó Gloria—. ¡Calla!... Es un santo varón.

—Fijate—continuó Butch, viendo cómo una anciana pretendía caminar casi tambaleándose para llegar al anciano pastor—. Ahí va esa pobre vieja, que de buena gana camina a la salvación si se lo consintiesen sus piernas...

—¡Pobre mujer!... Voy a ayudarla...

Dicho y hecho: a la ayuda de la anciana

se lanzó Gloria, que fué detenida en el camino por la mano dura del sheriff, que, habiendo ido al circo a hacerla presa y sabiendo que había entrado en la barraca del reverendo a ella se fué para ordenar a la joven que le siguiese, pues había decidido impedir que continuase en el circo, siendo la causa de tanto y tanto trastorno como el que producía el juego en la hasta entonces tranquila población.

¿Qué desea usted, caballero?—preguntóle Gloria, extrañada de que de aquella forma la tratase.

—Señorita, soy el sheriff y tengo orden de detenerla.

En aquel momento el viejo pastor, extrañado, se acercó al grupo que formaban la joven, su novio Butch y el sheriff, extrañado de que en aquella mansión se hubiese dado lugar a aquella escena.

—¿Qué pasa, sheriff, para que así en mi casa intervengáis de modo tan directo y anormal?...

—Pasa, reverendo Isafas, que esta señorita pertenece a una casta que no conviene que viva en este pueblo mucho tiempo, porque con sus malas mañas, a más de robar a los incautos que caen en sus manos, está dando lugar a un espectáculo ampliamente inmoral.

Lo que de todo aquello sacó Gloria fué que el pastor la había denunciado las trampas

en que la sorprendió hacía pocos momentos y, dirigiéndose a él, exclamó furiosa:

—¿De modo, viejo chocho, que ha sido usted el que me ha denunciado?

—La perdono, señorita, porque no sabe lo que se dice... Cuando me conozca mejor, como espero, se convencerá de que yo no he intervenido en este negocio que tiene usted pendiente con la justicia y que con sus propias faltas las que la han denunciado.

Quiso intervenir Butch para poner a salvo a su novia pero el sheriff, que no estaba para bromas, le atajó, diciéndole:

—Usted, lo que debe hacer, si no quiere seguir el mismo camino que esta señorita, es callar y seguir por su camino, que bastante pruebas tiene usted de nuestra consideración desde el momento que le dejamos tranquilo sin encerrarlo en la más lóbrega mazmorra de los Juzgados.

A la mañana siguiente no salió el sol para la linda Gloria, que durante todo el tiempo que estuvo en la prisión no dejó de llorar, comprendiendo que había en su vida bastantes culpas como para tener que en ella interviniese la justicia.

A media mañana vino a verla su enamorado Butch, que aprovechó los pocos momentos que tenía para comunicarla que los echaban del pueblo; pero que él estaba dispuesto a sacarla de su encierro, aunque la aventura les costase el encierro a los dos para toda la vida.

Palabras mil de consuelo bordaban los labios del enamorado para consolar a la desventurada, que no lograba contener sus sollozos a pesar de las frases cariñosas de él y a pesar de las promesas que el corazón del amado rimaba par aella.

Cuando se despidieron los dos tenían lágrimas en los ojos, pues Butch, a pesar de su amoralidad, quería a la muchacha y había en él capacidades de bondad, aunque éstas estuvieran ocultas por las malas enseñanzas que había recogido en su constante deambular por los senderos de la aventura a que había estado supeditada su triste existencia.

Pocos momentos después de esta conferencia la avisaron para comparecer ante el Tribunal que la había de juzgar, ante el que se presentó llorosa y compungida. Al fin y al cabo era una débil mujer y solamente la inconsciencia y el desamparo de su horfandad habían sido los culpables de aquella vida, a la que se había visto lanzada desde su juventud.

El juicio había llevado a mucha gente del pueblo a la sala donde se había de juzgar a

aquella mujer, joven y bonita, que había hecho con sus encantos las delicias de la juventud que constantemente acudiera al circo para admirarla.

El fiscal se ensañó con la pobre mujercita indefensa. Mostró las que él llamaba lacras de aquella juventud perdida para la moral y, por lo tanto, perjudicial para la sociedad que la albergaba en su seno.

—¿Tiene usted algo que alegar?—la preguntó el juez, enfundado en su rectilínea investidura.

—Nada, señor juez, sino que yo hasta anoche no oí predicar al reverendo Isaías, creí que nada malo hacía... Estuve desde niña abandonada y sola, y si pequé, no fué mi culpa imperdonable, por la inconsciencia en que se produjo.

—¿Nada más?

—Nada más.

En aquel momento se presentó en la sala el pastor Isaías, que se acercó al juez para suplicarle perdón para aquella joven, que con el hecho de haberse presentado ante él para escuchar sus prédicas demostraba que estaba más inclinada al bien que al mal.

—Hemos de hacer un escarmiento y no nos es posible dejarnos suggestionar por súplicas que, aunque sabemos que son honradas, pueden muy bien estar influenciadas por lo sagrado de su ministerio...

—¿Quiere usted mayor escarmiento para ella si logra su arrepentimiento y en lo futuro camina por la senda del bien?...

—La justicia no puede dedicarse a pensar como usted lo hace, reverendo Isaías. La justicia ha de castigar y castiga a esta mujer a noventa días de cárcel.

Los sollozos de Gloria se hicieron más intensos. ¡Noventa días!...

El buen reverendo se compadeció de ella y, acercándose al juez, le rogó:

—Yo respondo por ella, señor Juez... Remítala a mi custodia y quede bajo mi responsabilidad... Yo le prometo que esta joven no intentará escapar y que será digna del favor recibido.

—¿Está usted conforme, señorita, en que el reverendo Isaías seencargue de usted durante estos noventa días que había de pasar en la cárcel?...

—Sí, señor.

—Pues bien; ya lo sabe usted: queda usted bajo la custodia del pastor que responde por usted...

—Gracias, señor—dijo Gloria al reverendo, aun con lágrimas en los ojos—. Yo le prometo a usted que no tendrá que arrepentirse de haberme favorecido de este modo...

Y salió de la sala en que se celebró el juicio, llevándola de la mano y como conduciéndola a una nueva vida mejor.

SEGUNDA PARTE

La nueva vida

Gloria era feliz. Había convencido a su novio de que no debía de arrancarla del lado de su protector, pues de hacerlo una serie de complicaciones echaría sobre él la justicia y cuando Butch quiso arrastrarla en su aventura consiguió que no lo intentase... Se despidió de él, confiada y segura de que Butch vendría cuando finalizase el plazo de los noventa días de su condena. Al marchar su novio, la prometió que a la vuelta vendría a ella con un circo de su propiedad, pues se había enterado que había uno en venta y así se lo había comunicado también a Ward para que rabiase.

Me ha dicho—dijo Butch a su novia al despedirse de ella—que si vuelvo aquí para hacerle competencia me quemará el circo.

—No se atreverá.

—¡Ay de él si se atreviese!

—De todas maneras, guárdate de él, que es un canalla...

Los últimos momentos de la despedida los dedicaron a su amor. Y fueron mil y mil las



Aquí lo que hace falta es un poco de habilidad.

promesas que se hicieron y los juramentos que se cruzaron de una parte y otro. Se querían y los dos eran buenos, pues puro era el fondo de su espíritu.

Cuando, por fin, vio Gloria alejarse a su amado, lloró amargamente y en esto fué sorprendida por el bueno del pastor, que la consoló, y luego de haber dado a su alma el alimento espiritual que le faltaba y la tranquilidad que apetecía, la dejó sola y, aunque siguió llorando, fueron sus lágrimas más serenas y su esperanza en el porvenir menos tenebrosa.

Un día llamó a las puertas de la casa en que habitaba el viejo pastor y su joven protegida una mujer que se moría y llegaba hasta la casa de Dios para descansar en ella sus pecados y para buscar protección para un pequeño ser que en sus brazos se helaba en el hielo de la muerte, que besaba con sus fríos el pecho materno.

Acogieronla los dos como debían, obligado él por la santidad de su ministerio y ella por la bondad de su corazón, y en sus brazos murió como una santa, después de haber recibido de manos del sacerdote la bendición del cielo.

—Señorita — dijo a Gloria antes de morir—, usted es muy buena... Lo he leído en sus ojos y quiero a usted encomendar esta niña; este pedazo de mis entrañas, que abandonado se queda en la tierra, aunque yo por ella pida a Dios desde el cielo. ¿Me promete usted velar por ella como si fuera hija suya?

No lo dudó un momento Gloria, que se acercó al oído de la madre y con la niña en sus brazos le dijo:

—Procuraré que mientras yo viva, ni alimento espiritual la falte, ni de alimento material esté privada. Yo velaré por ella.

Minutos después, moría la madre de aquella criaturita... y aquí tenemos ya a Gloria convertida en la madre de un pequeño ser



En la cara conozco que es usted buena.

que se acogía en sus brazos como si comprendiese su debilidad.

El pastor estaba radiante ante la noble acción de su pupila, a la que un día creyó mala mujer, y hoy sabía por esencia y potencia buena de pensamiento y de corazón...

—Dios te pagará tu acción, hija mía—la dijo el pastor, enternecido—. Eres buena, esencialmente buena... Dios te pague lo que intentas hacer con esa pequeña.

—Tanto usted como aquella mujer se equivocaron... ¡Yo no soy tan buena como creen!

Y lo decía llorando y besuqueando a aquel lindo bebé que se había quedado sin madre y elevaba a ella sus ojos acariciando su cara con sus manitas sonrosadas.

—¿Lo ve usted, hija mía, cómo es usted buena? Hasta el bebé lo ha conocido y la acaricia...

—¡Pobrecito mío!... ¡No te apures, almita! Has perdido una madre, pero has ganado otra en mi corazón.

El reverendo Isaías sonreía feliz... Estaba seguro que había conseguido salvar un alma.

Nuevos procedimientos

Gloria había notado que los días de sol la barraca en que daba sus conferencias de moral el buen pastor estaba menos animada que de ordinario y habló en este sentido con el buen viejo, que elevaba los ojos al cielo, como diciendo: ¿y qué le vamos a hacer?

¡Ya lo creo que había qué hacer!

En primer lugar, aquellas cosas que el reverendo comentaba era un poco tristes y había que comenzar por alegralas un poco.

—Además —decíale Gloria—, todas las buenas intenciones caerán en el vacío si no ganamos lo suficiente para sostenernos y para la educación de nuestro pequeño... Hay que animar estas sesiones... y sobre todo poner cara más alegre... No hay que desanimarse.

Cuando los negocios vienen mal hay que poner al mal tiempo buena cara y sonreír como sonríe la gente del circo...

El buen pastor sonreía viéndola tan interesada en sus reformas.

—Tiene usted que hacerlos entrar en su barraca, aunque sea por la fuerza, y para ello hemos de hacer unas sesiones más animadas, más alegres.

—Quizá tengas razón... Lo probaremos —acabó por decir el reverendo Isaías, embarrullado por aquel fluir de absurdas ideas que se le ocurrían a la muchacha en su buen deseo de serle útil.

Entre tanto, Butch, el novio de la muchacha, hacía suerte... Como los asuntos de Ward no iban tan bien como éste deseaba y, por lo tanto, dejaba de pagar a sus hombres, éstos le fueron abandonando y se acercaron a Butch, que les prometió hacerse dueño de un circo si le ayudaban y si estaban dispuestos a luchar con él para hacer frente a los primeros días.

Aceptada que hubo sido la proposición, se entrevistó Butch con el propietario del circo en venta y, en pocos días, trabajando todos mucho y a base de una absoluta seriedad, se

impusieron en los alrededores, con gran desesperación de Ward, que creyó a Butch capaz de ponerse al frente de un circo y menos de hacerle a él la competencia.

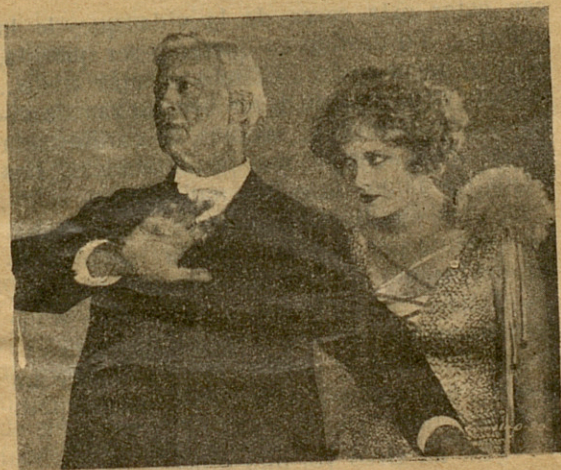
* * *

El destino se había propuesto ser bondadoso con todos aquellos seres, a quien había reunido con los lazos del amor y al mismo tiempo que llenaba de esperanzas y realidades al enamorado caballero de Gloria, proporcionaba a ésta la noble satisfacción de ser la causa de que la barraca del buen reverendo se viese continuamente llena de fieles y que las palabras del moralista fuesen escuchadas con más halago merced a los consejos de aquella muchacha y también merced a su intervención.

El chiquillo había llegado a ser la preocupación de ambos y de los brazos de Gloria pasaba a los del pastor, que jugaba con el pequeño dejándole que sus deditos de rosa se enredasen en la plata de sus cabellos nevados por el tiempo.

Falta ya muy poco tiempo para que termine el plazo de la condena y van los pensamientos de Gloria en busca de Butch constantemente.

No le ha olvidado, y así se lo demuestra al



El camino del bien está abierto para todos.

pastor, que ve en aquellos amores una felicidad que quiere el cielo llevar a aquellos jóvenes corazones que se han llegado a unir tan intensamente, que ni en la separación se olvidan, ni en el tiempo dejan que sus corazones se enfríen.

—¡Qué contento se va a poner Butch cuando vea al nene!... ¡Y cuánto le voy a echar de menos a usted, que ha sido mi salvador!

—La vida es eso, pobre niña... Tú tienes juventud y a tu juventud te debes, como yo me debo ya a mis muchos años, que me ha-

cen estar más cerca de la vida que de la muerte... Tu destino es querer y ser querida, vivir y hacer vivir... El mío es más triste... porque ya no puedo tener esperanzas de vivir mucho tiempo y, además, el cariño cada día se aleja más de mis posibilidades... Los viejos no damos más que molestias.

Por las mejillas del pobre anciano resbalaba silente una lágrima, que pretendió ocultar de los ojos de Gloria, sin conseguirlo...

—Déjese de tonterías. A mí también me pesa tener que deparle a usted, hasta el extremo que es muy posible que encuentre un medio para que podamos vivir juntos para toda la vida...

—¿En un circo yo, hija mía?

—No, padre; en un circo, no... En mi propia casa... Ya nos haremos una casa.

Más fuerte que el amor

Pocos días después, llegaba Butch, radiante, al poblado, para llevarse consigo a su amada. Habían pasado los noventa días y venía con el alma iluminada por aquel amor, que era en su vida la única aspiración.

Cuando le vio Gloria se lanzó a sus brazos... Le esperaba y había salido al camino a ver si le veía llegar. Al tenerle cerca, sus primeras palabras fueron para su amor, que

habíase visto obligado a una dolorosa separación.

Cuando ya se hubieron dicho todo lo que a su amor hacía referencia y se hubieron convencido los dos de que aun el cariño estaba latente en sus corazones, comenzaron las preguntas más del exterior, más ajenas al fondo espiritual que animaba sus vidas.

—Cuando veas el circo te morirás de gusto... ¡Con noria y todo para que rabie Ward!

Gloria se puso triste cuando le mentaron el circo... Durante los días que había pasado al lado del reverendo Isaías se había prometido no volver a caer más en el dorado recinto de un circo, tan lleno de podredumbre por fuera como por dentro.

—¿Qué te pasa?... ¿No te gusta que te refiera lo que ha de ser base de nuestra felicidad?

—Estoy segura de que tu circo no me habrá de traer felicidad alguna, a pesar de que sea tan bueno como tú quieras... Yo tengo otra atracción mucho más importante que tu circo...

Fué entonces cuando le habló de lo que había prometido al pastor y del compromiso que había echado sobre sus espaldas al recoger al niño aquel a quien hoy no pensaba abandonar...

—¿De modo que ese viejo te ha conquistado con sus sermones?

—Eres incapaz de comprender lo que pasa por mí y, si nembargo, te quiero.

—¡Mentira! A fuerza de engañar a los demás me engañas a mí también y te engañas a ti misma...

En aquel instante se acercó a los novios el pastor, el cual se quedó asombrado cuando se vió apostrofado por Butch, que, irritado por la negativa de Gloria, le dijo:

—¡Buena jugada me ha hecho usted con sus sermones! Me ha arrebatado el amor de toda mi vida y con sus absurdas ideas ha logrado la carrera de una gran artista.

Y, sin querer hacer caso de las lágrimas de Gloria, que le querían hacer comprender su error, se alejó desesperado, sin volverle la cabeza, y dando la sensación a Gloria de que ya no volvería a buscarla.

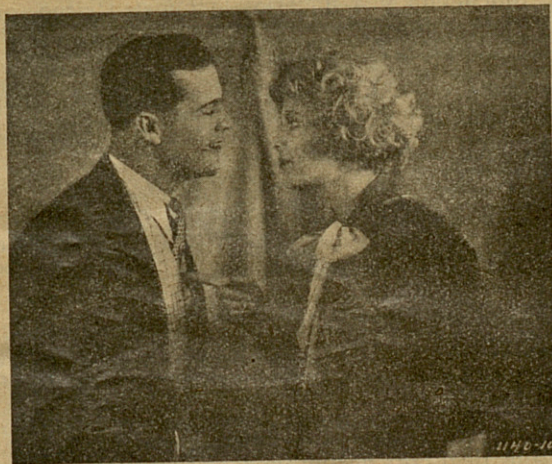
Cuando se fué la pobre Gloria, con un raudal de lágrimas y una mortal congoja en el corazón, se echó en los brazos del reverendo llorando amargamente.

* * *

Cuando Butch llegó donde sus hombres le esperaban, les dijo:

—¿Estáis dispuestos a ayudarme?

—Como un solo hombre—contestaron todos.



Quiero que sea algo bueno y grande.

—Pues bien preparaos todos, que esta noche hemos de ir por mi novia y arrancársela al evangelista que la guarda. Yo no puedo vivir sin ella y ella no puede vivir sin mí. Pero ese maldito evangelista se ha puesto de por medio y me la ha llenado la cabeza de unas ideas extrañas que se las hemos de quitar, quiera o no quiera. Esta noche, a primera hora, cuando en la barraca comiencen los sermones, nos presentaremos allí y cuando hayan concluido nos echaremos sobre la

muchacha y a hacerla de nuestro circo, que bien se lo merece. ¿Estamos, muchachos?

—Estamos, y encantados de que haya ocurrido a nuestro auxilio para una cosa tan interesante como es el de buscar una reina para la barraca.

Efectivamente: poco faltaba para que el sol descendiese tinto en sangre por el horizonte cuando los que seguían a Butch se alejaban del circo y se dirigían a la ciudad, donde se encontraba la reina de su corazón.

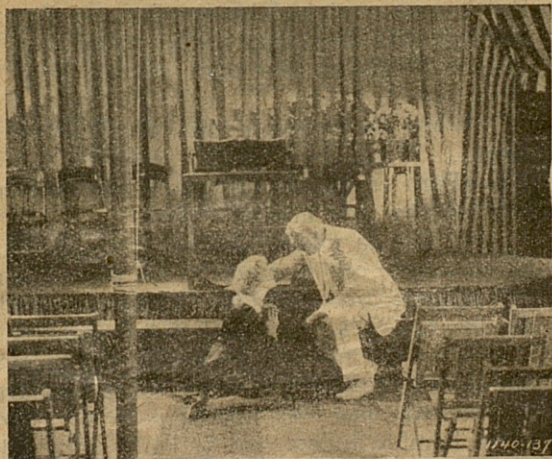
Al mismo tiempo que ellas abandonaban el circo, otra cabalgata que capitaneaba el granuja de Ward se acercaba a él por el lado opuesto.

Había prometido vengarse de Butch y venía decidido a cumplirlo.

Sus hombres rodearon la barraca de Butch y, después de aplicar a ella teas encendidas, se alejaron, seguidos de algunos disparos de los hombres que Butch había dejado de guardia en la barraca, y que por mucho que quisieron hacer, no consiguieron más que aminsonar en algo el desastre que arruinaba a Butch, puesto que en él había puesto todos sus ahorros.

Dispuesto estaba Butch para apoderarse de su novia, cuando uno de sus hombres, que llegara al galope, le dió la noticia:

—Ward y sus hombres han prendido fuego al circo.



He perdido al único hombre que he amado en mi vida.

Un golpazo que le hubieran dado en la nuca no le hubiera causado tanto efecto.

Partió a galope con sus hombres, el último de los cuales, al cual preguntó Gloria lo que ocurría, la comunicó la noticia de lo que había sucedido, de lo que habían venido a hacer y de lo que aquello suponía para Butch, que quedaba arruinado para siempre.

Gloria, impulsada por un deber latente en su amor hacia el hombre adorado, se lanzó también a caballo y pronto estuvo al lado de

Butch, que contemplaba su circo en llamas con lágrimas de desesperación en los ojos.

—Se acercó a ella para consolarle y la dijo:

—Ward me ha arruinado... Soy hombre al agua...

—¿Pero es que te da miedo volver a comenzar una vida nueva?

—Sí, me da miedo, mucho miedo, porque ya no cuento con tu amor, ni me han de servir de guía tus miradas... Estoy arruinado de dos maneras: espiritual y materialmente.

—A mí no me has perdido y ahora, más que nunca, me tienes a tu lado para ayudarte a comenzar una vida nueva; pero sin circo, como hombre nuevo que se lanza a la vida dispuesto a arrancarle sus labores más dignas y más honorables. Yo estaré a tu lado si a esto te decides... Cuando hayas comprendido que por el camino que me quieres llevar no se va a ninguna parte y cuando te hayas convencido de que te quiero más que a mi vida ven a buscarme... Te esperaré siempre con el alma encendida en todos los afectos... Mi amor te esperará cuando de él te hagas tan digno como quiero que sea el amor de mis amores. Me voy...

Tardó mucho en decidirse Butch, pero, al fin, reaccionó cuando sus compañeros se acercaron a él para proponerle una ayuda que le permitiera rehacerse...

—No os preocupéis de mí—les dijo—. Buscad otro dueño de más suerte y procurad encaminaros bien... Nada os puedo dar porque soy el más pobre de todos vosotros, pero buscad cuando queráis mi afecto, que éste siempre sabrá recibirlos como merecéis...

Se despidió de ellos y tomó el camino que conducía al pueblo a donde, llorosa y compungida, había llegado Gloria... Cuando llamó a la puerta le salió a recibir el anciano sacerdote, que se extrañó de verle tan sonriente y humilde.

—Vengo por la que ha de ser mi esposa.

—Aguardándote está y seguramente será feliz al verte... Pasa. ¿Qué piensas hacer en lo sucesivo?

—No lo sé... Ella me señalará la ruta... He puesto mi destino en sus manos y de ella lo espero todo... Yo no tengo ya... ni voluntad.

Epílogo

Meses después, en una humilde casita de las afueras de la población, riente, alegre y limpia, volvemos a encontrar a nuestros conocidos.

Gloria canta y sonríe viendo jugar a un niño con el bastón de un anciano que le lleva de la mano.

Todo es limpio y respira alegría en la casita humilde en que les volvemos a encontrar, y donde se ha realizado el milagro de que el amor que unió a dos seres en una época de vida aventurera y desbaratada haya servido para unir con lazos de amor a un viejo, a un niño y a dos enamorados, que no lo han dejado de serlo, pues aunque ha pasado el tiempo y la vida imperiosa en sus necesidades materiales se impone, más enamorados están cada día y con más amor protegen ambos al anciano y al pequeñín, los que fueron causa de su felicidad.

F I N

SOBRE ROSA (sólo para solteras). .	20 cts.
SOBRE GALANTE (id. para hombs.).	20 "
SOBRE INFANTIL.	15 "
SOBRE PEPITO.	25 "
SOBRE JUANITO.	15 "
SOBRE REYES.	20 "
SOBRE REYES.	10 "
LA NOVELA DEL VIAJERO. . . .	20 "

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN a
Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

SOLAMENTE
BIBLIOTECA FILMS

puede ostentar el

Título de la supremacía

LEA LOS GRANDES EXITOS DE ESTA TEMPORADA

Tomos a 50 céntimos

LA MARCHA NUPCIAL.	Eric Von Stroheim
CARAS OLVIDADAS.	Clive Brook
CZAREVICH.	Ivan Petrovich
VENGANZA.	Dolores del Río
VENUS.	Constance Talmadge
EL RESCATE.	Ronald Colman
ADORACIÓN.	Billie Dove
LAS CUATRO PLUMAS.	Richard Arlen
REDENCIÓN.	Corine Griffith
EL DRAMA DE MONT CERVIN.	Marcela Albani
LA MUJER DE MOSCOU.	Pola Negri
NO MENTIRAS.	Lili Damita

Pedidos a

Biblioteca Films - Apartado 707 - Barcelona

Remitir el importe en sellos de correo, añadiendo cinco
céntimos para el certificado.